

Las plazuelas de Necatitlán y el Risco ante los invasores de 1847

*¡Ora sí lloren poblanas, lloren como yo lloraba
cuando me llevaban preso, cuando preso me llevaban
con los tambores de guerra y la tropa americana!*

Las poblanas. Son tradicional mexicano

Los espacios públicos, señaladamente las calles, callejones y plazuelas que se ubican en los barrios, dado su carácter de elementos urbanos privilegiados para la socialización, son también, cuando la ocasión lo dicta, espacios apropiados para la violencia, es decir, lugares donde el orden social establecido es perpetuamente puesto en tensión y, por lo tanto, sitios donde se dirimen los conflictos sociales.¹

En 1847, durante la invasión estadounidense de la ciudad de México, los espacios públicos fueron teatros donde sucedieron las peores atrocidades, pero también se convirtieron en cuna de prodigios. Escenarios donde la masa de la población urbana, aparentemente indolente, se transformó, contradiciendo con su bravura suicida la idea que la clase política tenía de ella, presentándose también como una amenaza al orden establecido, una amenaza aun más temible que el invasor.²

Poco o casi nada se ha ocupado la historia oficial de las acciones que los pobladores de la ciudad de México realizaron en contra de los invasores; si acaso alguna mención superficial en las obras escritas por la clase política dominante. Desde los *Apuntes*

* Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria-Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

¹ Nos ceñimos a la definición que hacía en 1990 Michel de Certeau del *espacio*, como una dimensión en la que destacan las relaciones entre tiempo, velocidad y distancia, y donde surgen nociones como la de pertenencia, convivencia y uso: "Hay espacio en cuanto se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable del tiempo [...]", en Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, 1996, p. 129.

² En la primera narración elaborada y publicada por mexicanos acerca de la Guerra del 47, apuntaba el colectivo de autores: "La población de México que, en los días anteriores, más que de patriotismo, había dado muestras de indolencia, no pudo resistir el aspecto de los invasores [...]", en Ramón Alcaraz *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* (ed. facs. de la de 1848), México, Siglo XXI, 1980, p. 326.

para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos,³ y luego en las sucesivas historias primordialmente ocupadas en la investigación de las relaciones internacionales, las estruendosas derrotas del ejército mexicano y la pérdida de la inmensa extensión de territorio, apenas aparecen algunas palabras dedicadas a las batallas callejeras de los días 14, 15 y 16 de septiembre de 1847. Pero recientemente Luis Fernando Granados ha publicado una obra fascinante en la que describe paciente y minuciosamente el conjunto de acciones bélicas que él denomina *levantamiento*, y que nos acercan a una problemática trascendental para la historia de la ciudad de México: ¿qué papel desempeña la estructura urbana de los barrios de la ciudad, sus espacios públicos, en la realización de una revuelta popular?⁴

Pocas son las descripciones publicadas, y menos aún las que constan en documentos de archivo, que logran narrar la participación popular en la defensa armada de la ciudad de México ante el ejército que la ocupó en septiembre de 1847. Quizás el documento más revelador sea el conocido edicto del Ayuntamiento de México, en el que llamaba a la población a no atacar al invasor.⁵ La prensa, especialmente la estadounidense,⁶ daba cuenta de los actos de resistencia, raya-

na en la necesidad, de parte de quienes ellos pensaban que eran los presos de palacio nacional liberados por Santa Anna; pero ahora sabemos que fueron los desempleados, llamados *zaratigates*, el artesanado de los barrios y un número todavía incierto de integrantes de la guardia nacional y desertores del ejército de Santa Anna. Los invasores ponían el acento en el asesinato de soldados, el linchamiento de contrainsurgentes *poblanos*, el repudio a las prostitutas (conocidas como *margaritas*) y un largo etcétera en el que a trasluz y entre líneas es posible vislumbrar el escenario de los barrios de la ciudad, sus tensiones y una red de solidaridad que, sin referirse necesariamente a la ideología nacionalista de la época, resultó eminentemente patriótica.

Las parcialidades de la ciudad de México, sus barrios y plazas en 1847

Para la época que estamos analizando la ciudad de México conservaba una antigua división en parcialidades que rodeaban la ciudad central, que desde el siglo XVI era denominada *española*.⁷ Esta organización socioespacial recogía de alguna manera la estructura organizativa de la ciudad mesoamericana por *barrio* o *calpulli*,⁸ y seguía estructurando la distribución socioeconómica de la urbe en 1847. Esto es notable en los planos de época (figura 1).⁹

⁷ Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM, 1986, p. 187; Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 2003, pp. 40, 176 y 379.

⁸ Leopoldo Batres, "Plano de la ciudad de Tenochtitlan en el año de 1519", México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1982.

⁹ Para este trabajo, y con la finalidad de evidenciar la segregación socioeconómica de la ciudad en 1847, se han utilizado primordialmente el "Plano ignográfico de la ciudad de México, que demuestra el reglamento general de sus calles, así para la comodidad y hermosura, como para conciliar igualmente el mejor orden de la policía y la construcción futura:

³ Ramón Alcaraz *et al.*, *op. cit.* Dedicaron el capítulo XXIII, "México en los días 14, 15 y 16 de septiembre de 1847" a los hechos ocurridos dentro de la ciudad, después de la caída del ejército en Chapultepec, pero el tono de los tiempos en que escribieron les impidió ver algo más que un deseado heroísmo.

⁴ Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México: 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, CNCA/Era, 2003.

⁵ Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante AHDF). Ayuntamiento de México, Actas de sesiones secretas, vol. 300a, f. 271. "El Ayuntamiento de México, a sus habitantes...", Comunicado de exhorto fechado el 14 de septiembre de 1847.

⁶ *The American Star*, disponible en <http://institutomora.mx.ola.paperofrecord.com>.

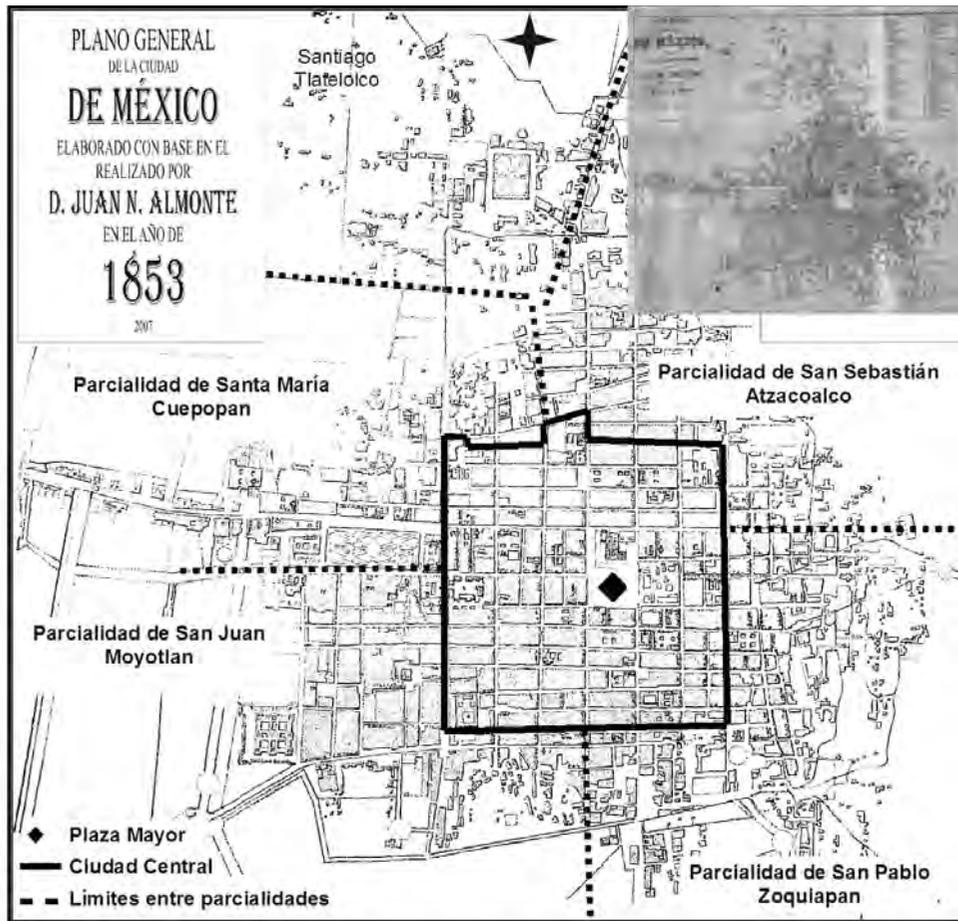


Figura 1. Parcialidades que rodeaban la ciudad central desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XIX. Con base en el "Plano general de la Ciudad de México...", 1853 (Mapoteca Orozco y Berra núm. 923).

La zona que Cortés determinó para ubicar los solares de los españoles, diferenciada de los barrios indígenas, situada al centro de ellos y claramente separada por acequias y comunicada por puentes, conservó por mucho tiempo la vocación elitista que Cortés le confirió.¹⁰ Para mediados

formado de orden del Exmo. Sr. Conde de Revillagigedo y publicado por el Ayuntamiento en 1842", México, imprenta de Torres, 1842 (Mapoteca Orozco y Berra, núm. 928); así como el "Plano General de la Ciudad de México, formado según los datos más recientes adquiridos para servirle a la Guía de forasteros publicada por el señor General Juan N. Almonte, año de 1853" (Mapoteca Orozco y Berra, núm. 923).

¹⁰ En su Cuarta Carta de Relación, el conquistador de México afirmaba: "Es la población donde los españoles habitamos distinta de los naturales, porque nos parte un brazo

del siglo XIX las zonas favorecidas contaban con agua limpia o *delgada*, entre otros servicios urbanos. Aproximadamente eran las mismas manzanas que fueron reconstruidas, entre 1521 y 1523, alrededor de la Plaza Mayor, enmarcadas al norte por las actuales calles Belisario Domínguez y República de Venezuela; al oriente por las calles de Topacio-Talavera-Leona Vicario; al sur por las de San Pablo y San Jerónimo; y al poniente por el actual Eje Central Lázaro Cárdenas¹¹ (figura 2).

de agua, aunque en todas las calles que por ella atraviesan hay puentes de madera, por donde se contrata de la una parte a la otra [...]". Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la Conquista de México*, México, Espasa Calpe, 1984, p. 219.

¹¹ Antonio García Cubas, "La ciudad de México", en *Atlas*

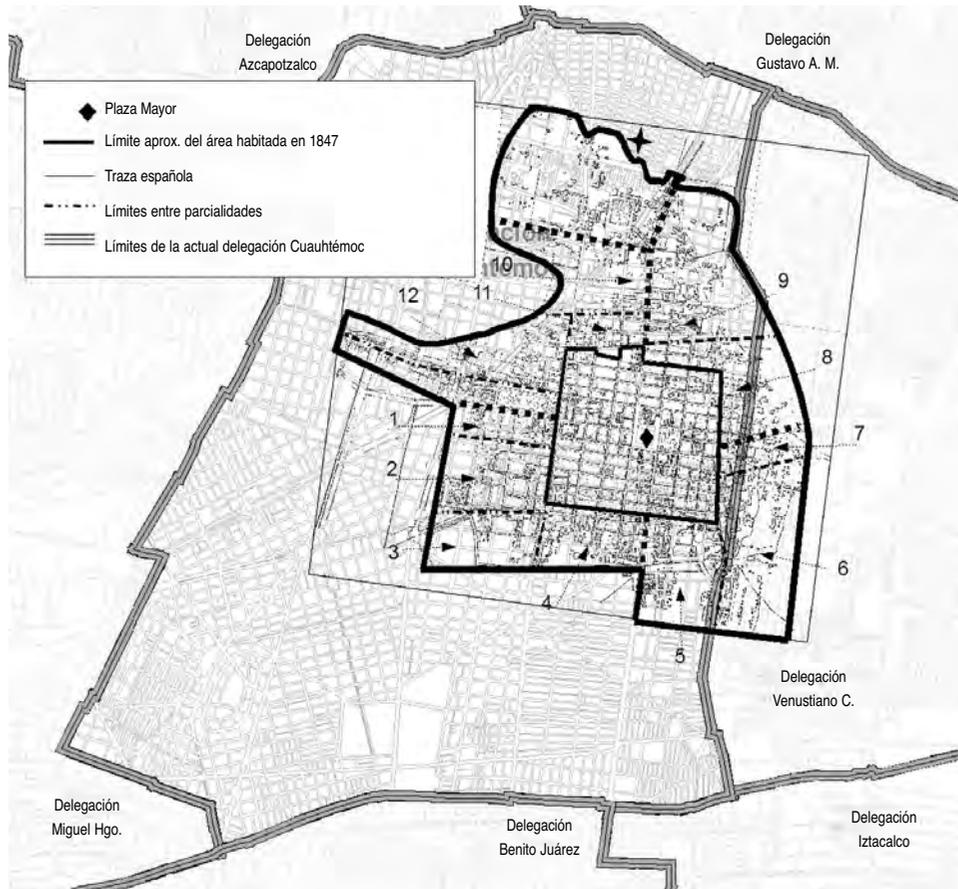


Figura 2. Montaje a partir de los planos de 1842 y 1853, sobre plano actual, para señalar los 12 barrios referidos por el maestro mayor Ignacio Castera.

Los antiguos barrios de Cuepopan, al noroeste; Atzacocalco, al noreste; Zoquiapan, al sureste; y Moyotlan, al suroeste, administrados políticamente como repúblicas de indios hasta 1821, desarrollaron una urbanización organizada alrededor de las plazas de sus capillas y de las instalaciones públicas ubicadas en ellas, tales como el rastro, las garitas, la plaza de toros, los antiguos *tecpan* o *casa de República*, etcétera. Cada parcialidad contenía un número determinado de barrios donde, desde finales del siglo XVIII, fueron destinados los tiraderos de basura para rellenar las acequias.¹²

Geográfico Estadístico e Histórico de la República Mexicana, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1858, plano núm. 2.

¹² De acuerdo con un proyecto del Maestro Mayor de la Ciu-

Para entonces, los barrios reconocidos por el maestro mayor Ignacio Castera (figura 2), eran los de La Alameda; San Juan; Belén y Campo Florido; El Salto del Agua y Montserrate; San Pablo; Santo Tomás, El Hornillo y La Palma; Santa Cruz; San Sebastián; El Carmen; Santa Anna; La Lagunilla; Santa María; San Hipólito y la Santa Veracruz.¹³

Sin embargo, algunos nombres populares de los barrios, que representan continuidades de la nomenclatura indígena para los predios y chi-

dad, Ignacio Castera: "Plano Ychnografico de México que demuestra su centro principal y Barrios, formado para fixar el término de estos y establecer el buen orden de su limpia", 1793. Archivo General de Indias, ES.41091.AGI/1.16418.17 //MP-MEXICO,444.

¹³ *Idem*.

nampas, permanecían en el lenguaje cotidiano, de modo que donde el maestro mayor reconocía sólo dos nombres, como en el caso de Salto del Agua y Monserrate, el pueblo refería por lo menos cuatro: El Salto del Agua; San Salvador el Seco, la Retama o el Risco; San Salvador el Verde o Necatitlán; y El Rastro.¹⁴

La falta de orden y concierto llamaba la atención por parte del ayuntamiento de la ciudad, como un problema a enfrentar. En el año de 1842, con fundamento en el plano de 1793 elaborado por Diego García Conde, la corporación municipal mandó publicar un proyecto de urbanización que pretendía ordenar la traza en los barrios, proyecto que no se realizó sino hasta finales del siglo XIX y principios del XX (figura 3).

Con todo, los barrios, esos territorios vedados a la gente de bien, tenían un orden propio, incompatible con el *concierto* occidental asentado en esa ciencia fenecida llamada *policía*, hoy conocida como administración pública. En su lógica, la plaza era más importante que la traza, quizá porque, como aún es posible observar en los pueblos de la periferia de nuestra ciudad contemporánea, la irregularidad confiere una personalidad, así sea marginal, que no se gesta en las impersonales retículas.

Las plazuelas de barrio llamadas Necatitlán y el Risco o la Retama

A principios del siglo XX Alfonso Caso reconocía, al interior de cada *calpulli* de Tenochtitlan, la subdivisión en unidades denominadas en lengua náhuatl: *tlaxillacalli*¹⁵ o, también, *ithualli*.¹⁶ Debi-

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ Alfonso Caso, "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XV, núm. 1, pp. 7-63.

¹⁶ Pedro Carrasco et al., *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, INAH, 1976, p. 104; *cfr.* Bernardo

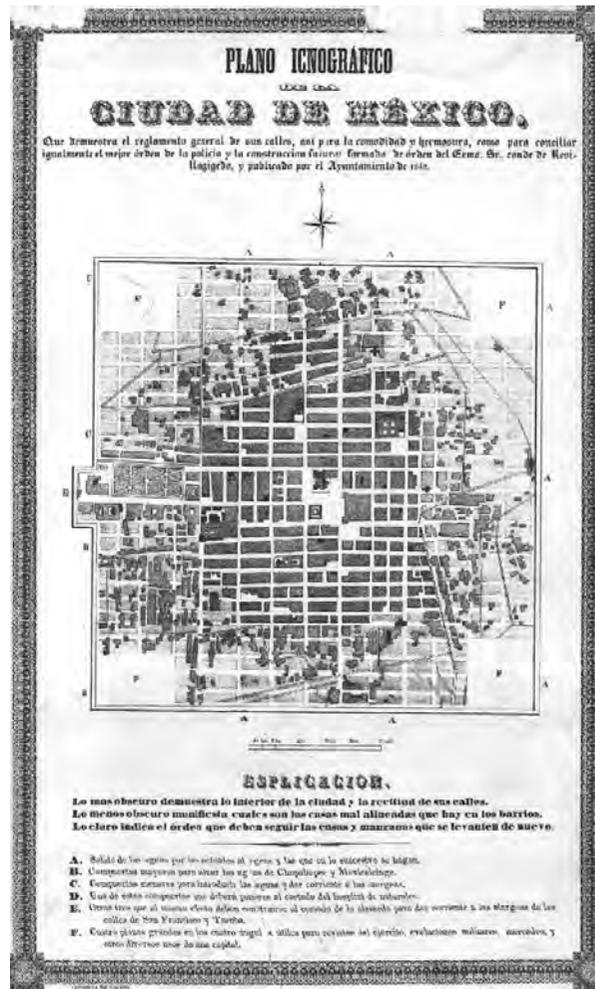


Figura 3. "Plano ignográfico de la Ciudad de México que demuestra el reglamento general de sus calles, así para la comodidad y hermosura, como para conciliar igualmente el mejor orden de la policía... 1842", Imprenta de Torres (Mapoteca Orozco y Berra, núm. 928).

do a la naturaleza de la república de indios, es decir, a su relativa autonomía en la organización interna, algunas de las denominaciones de aquellos antiguos barrios o *tlaxillacalli* se mantuvieron en el habla popular hasta muy avanzado el siglo XIX, especialmente en las zonas más alejadas del área privilegiada de la ciudad. Tal es el caso del Barrio de Necatitlán, perteneciente a la

García Martínez, *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

parcialidad de San Juan, registrado por Castera dentro del Barrio del Salto del Agua-Montserrat; y, para 1847, digno representante de los suburbios sucios, desordenados y revoltosos.

La población acaudalada de México vivía preferentemente en la zona centro-oeste de la urbe, cerca de la Plaza Mayor y hacia la Alameda.¹⁷ Las calles en esa zona, como hasta hoy, eran anchas y rectas, correspondientes a la retícula renacentista. Pero en torno de esta zona privilegiada los habitantes de los antiguos *calpulleme*¹⁸ fueron desarrollando una urbanización fuera de las normas occidentales, que al Ayuntamiento le parecía, como a los ilustrados del siglo XVIII, “sin orden ni concierto”. Queda claro que su estructura urbana respondía a intereses que poco o nada tenían que ver con *la policía*, con esa administración consustancial a un proyecto de nación, el cual compartía características con los que se encontraban en disputa por entonces, imbuidos de una racionalidad occidental impensable en el entorno de carencias propio de los barrios. Quizás de ahí que el plan de alinear las calles de las orillas de la ciudad sólo prosperase hasta los tiempos de gloria de los modernizadores *científicos* del Porfiriato.¹⁹

¹⁷ Especialmente la calle de Plateros-San Francisco, hoy Francisco I. Madero, concentraba el tráfico de plata y, por lo tanto, a sus privilegiados operadores.

¹⁸ *Calpulleme*, plural de *calpulli*.

¹⁹ Algunos de los documentos relacionados con este interesante proceso se encuentran en el Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF). Con relación a la zona donde estaban la plazuela del Risco y la de Necatitlán, véase AHDF, Alineamiento, caja 164, leg. 9, Plano de los corrales anexos a la casa No.1 5 de la calle de Chapitel de Monserrate, con entrada por el No.15 del callejón del Risco o la Retama; Alineamiento, caja 159, leg. 12, Plano General de distintas casas comprendidas entre las calles de la Necatitlán, San Salvador el Verde, plazuela del mismo nombre, Calle Sur 5ª, propiedad de los Sres. José Ma. Palma, Vitorio Suárez, Mariano Muñoz, Trinidad Senon, Sr. Jesús Amezcua y otros que se necesita expropiar para apertura de la avenida 24 Oriente; Alineamiento, caja 159, leg. 14, Plano de la casa No. 2403 en la 1ª. Calle Necatitlán propiedad de la Sra. Amada W. De Suárez que se necesita expropiar para la apertura y amplia-

Precisamente, una de las descripciones más interesantes acerca de las carencias de infraestructura urbana y la “falta de orden y concierto” en un barrio nos la dejó Louis de Bellemare, quien bajo el pseudónimo de Gabriel Ferry publicó una serie de artículos, entre los que destaca, para la descripción de la Plaza de Necatitlán, el titulado “Perico el Zaragata”.²⁰

Por primera vez contemplé tranquilamente esas calles sucias, sin aceras ni pavimento, esas casas negruzcas y cuarteadas, cuna y refugio de los bandidos que infestan los caminos y pillan a menudo incluso las viviendas de la ciudad. Una multitud de léperos tuertos, cosidos, curados por el cuchillo, bebían, silbaban, gritaban en las tabernas, envueltos en sus paños de algodón manchado o en sus frazadas ¡en pleno día! Mujeres apenas vestidas con miserables girones, sentadas sobre suelo de las casas, en medio de niños desnudos que se revolcaban en el barro lanzando agudos gritos. Al cruzar estas repelentes guaridas, pavor de la policía, el juez criminal reza una oración, el alcalde se persigna, el *corchete*²¹ y el regidor se hacen pequeños, el hombre honesto tiembla; pero el fraile pasea con la frente en alto, la sonrisa en los labios, y se respeta

ción de las calles de Cuauhtémotzin; Alineamiento, caja 159, leg. 25, Plano de la casa No. 11 de la Calle Necatitlán propiedad del Sr. Victorio Suárez. 1903; Alineamiento, caja 162, leg. 22, Fracción de la casa no. 2031 de la Calle Sur 5º 4 de la 2ª. Calle de Necatitlán, propiedad del Sr. José Sordo, para expropiar las calles de Netzahualcóyotl. (2 planos); Alineamiento, caja 162, leg. 28, Casa no. 2205 de la Calle Sur 5 de la Primera de Necatitlán, propiedad del Sr. José María Rodríguez (2 planos); Alineamiento, caja 162, leg. 29, Casa no. 2043 de la Calle Sur 5, 2da. de Necatitlán, propiedad del Sr. Agustín Rosado, para expropiar (3 planos); Alineamiento, caja 171, leg. 4, Casa No. 39 de la 2da. de Necatitlán, calle Sur 6 “Pulquería del toro” propiedad de la señora Clotilde de Suárez, que es necesario expropiar para abrir las calles de Netzahualcóyotl; Planos y proyectos, 2745, exp. 78, Plano de alineamientos para la calle de Netzahualcóyotl, (Ciudad) entre de 5 de Febrero y Miranda.

²⁰ Gabriel Ferry, *Escenas de la vida mexicana en 1825*, México, SEP, 1945, pp. 33-47.

²¹ *Corchete*, ministro de justicia que lleva a los presos atados a la cárcel. *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española*, Madrid, Imprenta Nacional, 1852, p. 190.



Figura 4. Esquina noroeste de las calles de Isabel la Católica y Nezahualcóyotl. Fotografía del autor.

ahí el roce de su sandalia más que el ruido del sable de un celador; a menudo incluso, como tigres domesticados que reconocen a su amo, los bandidos se descubren a su paso y vienen a besar su mano.²²

El propio Bellemare comentaba que desde la plazuela del Risco era posible mirar el rastro; y al analizar el plano de 1853 parece claro que conformaba con él una unidad. Asimismo, entreverando los pasos hacia el poniente, desde el escenario que describía el francés era posible entrar en la calle de la Retama, también llamada “del Risco” debido a una *pulpería*²³ que tomó ese nombre hacia finales del siglo XVIII, y de cuya existencia da testimonio una tímida placa colocada en la esquina de las actuales calles de Isabel la Católica y Netzahualcóyotl.²⁴

Guillermo Prieto y los combates en el barrio de Necatitlán

Hasta 1875 no había sido publicada ninguna descripción de lo que ocurrió en los barrios de la

²² Gabriel Ferry, *op. cit.*, p. 33.

²³ *Pulpería*, tienda en donde se expendían vinos y enseres domésticos, como en nuestras contemporáneas misceláneas.

²⁴ AGN, Aguardiente de caña, vol. 9, exp. 1. “Proceso contra María Ortiz y seis compañeros, por haberseles aprehendido cinco barriles de aguardiente de caña que introdujeron frau-



Figura 5. Guillermo Prieto (ca. 1882).

ciudad entre el 13 y el 16 de septiembre de 1847. Fue entonces que, a propósito de la conmemoración de la batalla de Molino del Rey, Guillermo Prieto publicó durante cuatro domingos seguidos, dentro de su columna “Charla dominguera” en la *Revista Universal de Política, Literatura y Comercio*,²⁵ una serie de artículos que conformaban un ameno relato en el que el escritor narraba las memorias colectivas de algunos veteranos de la guerra.²⁶

dulentemente en la vinateria de la pulpería El Risco. Aprehensores los guardas del alumbrado”, año 1809.

²⁵ En 1999 María del Carmen Ruiz Castañeda publicó, aunque incompleta, la serie de *charlas domingueras* a las que nos referimos, volviendo a editar el material con la misma carencia en 2006. Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47* (presentación de María del Carmen Ruiz Castañeda), México, Coordinación de Humanidades-UNAM, 1999. En 2007 edité las charlas con la parte que faltó, llamándolas *Memorias de Zapatilla*, tal como el propio Prieto las tituló: Guillermo Prieto, *Memorias de Zapatilla* (introducción y planos de Juan Gerardo López), México, Tenochtitlan, 2007.

²⁶ Luis Fernando Granados sustenta brillantemente el modo en que las *Memorias de Zapatilla* son el resultado de las plá-

Una de las zonas en donde primero se desarrollaron las acciones rebeldes fue la parcialidad de San Juan, límite suroeste de la ciudad de México. Estaba habitada por mestizos, algunos de ellos completamente desheredados; otros más, propietarios de predios que en otras épocas fueron chinampas; y algunos empleados en *los obrajes*, en las garitas y en el relativamente cercano rastro. Debido al desarrollo de las acciones bélicas en Chapultepec, y a la posición un tanto elevada del terreno, pudieron observar con claridad el funesto desarrollo de los sucesos del 13 de septiembre y sufrieron el acoso de las fuerzas estadounidenses que hostigaban a la guarnición de la garita de La Piedad.²⁷ Además, desde el propio día 13, con la finalidad de arrebatarse a los invasores la garita de Belén, intervinieron los civiles de los barrios aledaños: la Ciudadela, Belén y el Paseo Nuevo.²⁸

Para el día 14, la presencia de los estadounidenses bajo el mando de Quitman (que atravesaban rumbo a la plaza, desde la Ciudadela por el convento de San Francisco), así como de las tropas del general Winfield Scott (apostadas en la Plaza) hicieron surgir la violencia popular. Ésta, naturalmente, avanzó hacia los barrios: la columna Quitman persiguió a la gente por el callejón de López y desde la Plaza Mayor; piquetes de invasores buscaron apresar a quienes los agredían, especialmente hacia el norte, el oriente y el sur.²⁹ En este último viento, con los ba-

—
 ticas de Prieto con veteranos de aquella guerra. Luis Fernando Granados, "Por mi voz habla la voz, Notas sobre los artículos de Guillermo Prieto acerca de la ocupación de la ciudad de México en 1847", en Miguel Ángel Castro (comp.), *Tipos y caracteres: la prensa mexicana (1822-1855). Memoria del coloquio celebrado los días 23, 24 y 25 de septiembre de 1998*, México, IIB-UNAM, 2001.

²⁷ Cadmus Wilcox, *History of the Mexican War* (ed. de Mary Wilcox), Washington, D.C., Church News Publishing, 1892, pp. 473-474.

²⁸ Ramón Alcaraz, *op. cit.*, p. 368.

²⁹ Luis Fernando Granados, *op. cit.*, p. 52.

rrios tan cercanos a la calzada de San Antonio Abad y al Canal de la Viga, la presencia de los estadounidenses causó enorme revuelo.³⁰

Una fuerza de invasores fue desde la Plaza Mayor hasta San Pablo y San Lucas. Entre los callejones y acequias, murieron casi treinta soldados regulares.³¹ Pero además:

Los yankees peleando, se abrieron en dos ramas. Una iba saltando zanjas, venciendo cercas, perdiéndose en encrucijadas, y dejando muertos por todas partes regados; hasta por la Candelaria y San Lázaro. Por allí les caían los vaqueros de a caballo, les empujaban a las acequias, les ahogaban rabiosos [...] apaleándoles la cabeza las mujeres. La otra rama se corrió por los callejones de la Retama y casa de Paz Reyes, valientísimo hombre; regordete, ojos negros, cabello ensortijado.³²

A la distancia de los años, Prieto quiso dejar testimonio de las acciones desarrolladas en Necatitlán, que para entonces (1875) era un barrio primordialmente artesanal. Decidió valerse de la imagen de varios elementos típicamente barriales para revelar la existencia de lazos de solidaridad, los cuales ya le habían sido claros a Ferry desde la década de 1820. Por ello, en boca de *Martín Zapatilla* aludió a personajes con nombres y oficios, y en la nota a pie de página hizo una recomendación al Círculo de Obreros (en pleno proceso de reestructuración por aquellos años) para que elaborara los retratos del carpintero Jesús Olmos y del sastre Rodríguez, caudillos del barrio en los días aciagos de 1847.³³

³⁰ "La fuerza americana que entraba por la Viga fue recibida por la multitud con espantosa resistencia; aquél era un vivorero de los demonios; los hombres se volvieron tígüeres y parecía que las casas de piedra se arriscaban para entrar a los mates". Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 69.

³¹ José María Roa Bárcenas, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, México, Conaculta, 1991, p. 635.

³² Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 69.

³³ Tales retratos, es de inferirse, habrían sido publicados en



Figura 6. "Combates callejeros en el lado del General Worth", en John Frost, *The Mexican and its Warriors; Comprising a Complete History of all the Operations of the American Armies in México; with Biographical Sketches and Anecdotes of the most Distinguished Officers in the Regular Army and Volunteer Force*, p. 273. <http://spec.lib.vt.edu/imagebase/México>.

La plazuela de Necatitlán, el teatro que había servido a Louis de Bellemare (o Gabriel Ferry) para mostrar con ojo folclorista toda la miseria del barrio, ahora servía a Prieto para una conmovedora escena de patriotismo:

Los pelados se habían hecho muy fuertes en la esquina de Necatitlán; nadie pensaba en blandearse; pero faltaba el parque [...] alguno gritó [...] agobiado por el baleo [...] 'casa nueva'.

—Eso no —dijo un hombre desde una azotea en que estaba haciendo fuego—. Eso no, jijo de una mala palabra el que no se muera aquí.

—Muchachos, aquí está la honra del barrio.

El que así hablaba era un hombre como un elefante de grande, parece que tenía un barril desde el pecho hasta las ingles [...] unos ojotes como de buey, una boca como una cochera; pero agradable el viejano aquel.

—¡Qué viva el Gran Poder de Dios!

—¡Vivan!, ¡mis hermanos!

Gran Poder de Dios. Ése era el nombre del titán de Necatitlán.

—Juran vds. que aquí nos morimos todos.

—Sí juramos —muchas voces.

el órgano informativo del Círculo de Obreros: el periódico *El Socialista*, tal como lo fueron algunos del propio Guillermo Prieto y Vicente Riva Palacio, entre otros; sin embargo, desgraciadamente la recomendación del poeta no fue atendida y nos hemos quedado sin conocer a tan insignes personajes.

—Nombren uno que hable por todos.

—Pascual el billetero.

Pascual alzó su mano y poniendo la cruz dijo:

—Juramos morir por nuestra tierra.

—Oye Pascual, ahí va esa llave, abre mi tienda y toma todo lo que necesites, y se volvió a pelear como una fiera.

Pascual abrió la tienda con el mayor orden, sus dependientes y parque y comestibles y cuanto formaba el patrimonio del Gran Poder de Dios fue para el pueblo.³⁴

Necatitlán permitió a Prieto identificar en ella la imagen de refugio e hizo que *Zapatilla* pernoctara ahí la noche del 14, mientras preparaba el combate que emprenderían en el cercano San Jerónimo. Llamó a aquella humilde plazuela *macollo*³⁵ para dar la idea de origen de múltiples ramas de rebelión y, por supuesto, de centro de atención de los invasores.³⁶ Estos últimos acudieron a combatir a los pelados y de paso asaltaron tiendas, hasta que llegó la gente de los barrios para hacerlos huir.³⁷

Epílogo

De acuerdo con la investigación de Granados³⁸ y con el relato de Prieto, ese espacio carente de todo ornato fungió como foco y centro de comunicación con otros puntos en la zona sur de la ciudad. Sirvió para coordinar acciones con las plazuelas de San Pablo, La Palma, el Cacahuatal, los puentes de San Pablo y de Carretones, la plazuela de la Parroquia de San Miguel, la calle de Don Toribio, la de Corchero, la esquina del Tompeate, el convento de San Jerónimo y la calle del Puen-

³⁴ Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 71-72.

³⁵ *Macollo*, origen común del que parten las ramas de un arbusto.

³⁶ Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 73.

³⁷ *Idem*.

³⁸ Luis Fernando Granados, *op. cit.*

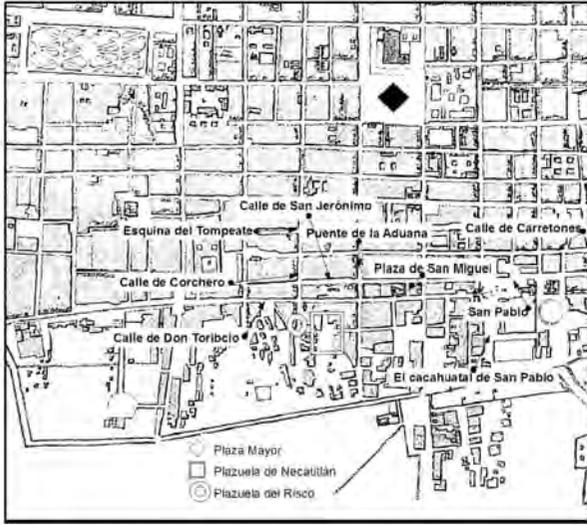


Figura 7. Espacios de combate relacionados con Necatitlán, los días 14, 15 y 16 de septiembre de 1847.

te de la Aduana, y con ello abrir también vías de comunicación hacia el poniente, con el Hospital Real, amén de las que pudieron abrirse por el oriente y el occidente con el norte (figura 7).

En el relato de Prieto, la plazuela de Necatitlán sirvió como punto de partida para acciones patrióticas, ya que su situación la hacía un punto privilegiado para el contacto entre sitios públi-

cos de los barrios vecinos, especialmente el callejón de Retama o del Risco, donde la existencia de una pulquería resultaba de enorme utilidad, porque “allí no hay ociosos, todos pelean, la mujer y el viejo; beben pulque colorado porque la sangre alegra [...]”.³⁹

Prieto no carecía de razón. La urbanización en los barrios, aparentemente anárquica, revelaba la persistencia de lazos, hoy inexistentes, entre espacios diferenciados culturalmente, pero conectados por vías de una economía y unas costumbres completamente perdidas. Ambas pudieron persistir mientras el enclave *regulado*, que estaba representado por el cuadro de la ciudad española, continuaba manteniendo una actitud de sana distancia respecto de los barrios. Tal organización cultural y económica no tardaría en perderse, y con ella hasta el recuerdo de la Plaza de Necatitlán, hoy ocupada por un depósito de vehículos de la Secretaría de Seguridad Pública del Gobierno del Distrito Federal, sin que al ciudadano común se le revele el inquietante pasado de la resistencia contra la invasión estadounidense de 1847 en ese espacio innoble.



³⁹ *Ibidem*, p. 69